

## NOTAS PARA LA CATEQUESIS EN MEDIO RURAL

### PRELIMINAR.

INTRODUCCIÓN GENERAL: El principio de adaptación en la catequesis contemporánea.

PRIMERA PARTE: MENTALIDAD RURAL (*Tratada en este número*).

1. Concepto genérico de mentalidad.
2. Caracteres principales de la ruralidad.
  - a) Elementos primarios.
  - b) Factores derivados.
    1. Notas *sicológicas* de la mentalidad rural:
      - 1) Inteligencia de «simple» o rudo.
      - 2) Complejo de inferioridad social.
      - 3) Afectividad muy desarrollada.
      - 4) Tradicionalismo de mucho arraigo.
    2. La *esperanza*, categoría vital en el hombre del agro.
    3. Aspectos *sociales* del medio rural:
      - 1) El «pueblo»: micromundo.
      - 2) Personalismo e individualismo ambientales.
    4. La *religión* en el rural:
      - \* El hombre del campo, naturalmente religioso.
      - \* Abertura al misterio.
      - \* Técnica y religión.
      - \* Tradicionalismo religioso.
      - \* Temperamento reflexivo, místico del rural.

SEGUNDA PARTE: LA CATEQUESIS EN MEDIO RURAL.

(Esbozo de un programa)

1. Justificación del título.
2. La adaptación en catequesis.

## LEYES DE LA CATEQUESIS RURAL:

- 1.<sup>a</sup> *Ley de formulación*: Evitar los procedimientos discursivos.
  1. El método dogmático en la catequesis rural.
  2. Utilización de los métodos intuitivos.
  3. La enseñanza por el testimonio. Condicionamientos sicosociales.
- 2.<sup>a</sup> *Ley de economía*: Utilizar los elementos del medio ambiente rural para formar a nuestro catequizando en la «mística de la creación».
  1. Importancia de la Biblia en esta formación.
  2. Contenido religioso de esta formación.
  3. Coronamiento de la misma: vivencia de la omnipresencia de Dios Padre-Creador.
- 3.<sup>a</sup> *Ley de superación*: Provocar el desarrollo de la vida teologal a través de la virtud de la esperanza.
  1. La esperanza, patrimonio del cristiano.
  2. Dinamismo de la esperanza en la concepción bíblico-cristiana del tiempo.
  3. Estructuración cíclico-rotativa de la catequesis rural:
    - \* Ciclo bíblico: la *Gran Promesa* y su realización en el tiempo (*historia*).
    - \* Ciclo litúrgico (*acción*).
    - \* Ciclo dogmático-moral (*doctrina*).
  4. La paraliturgia en la catequesis de ambiente rural\*.

## PRELIMINAR

La Encíclica «Mater et Magistra» ha llamado la atención del mundo entero sobre el estado de abandono en que se encuentra el hombre de ambiente rural; sector, éste, que Juan XXIII califica de *deprimido*.

La reforma agraria como fenómeno económico-social, es por otra parte, principal ocupación de no pocos gobiernos de Europa y América, y concretamente, del español.

Ello hace que el campo necesite hoy la atención de quienes por vocación estamos llamados a informar con el espíritu cristiano todos los caminos, ocupaciones y actitudes humanas; y hace, por las mismas razones, que el tema de la catequesis rural sea de plena y urgente necesidad. Sería grave pecado de omisión desoir la voz del Papa en este momento decisivo para el futuro del mundo rural.

El presente trabajo quiere ser una respuesta —modesta ciertamente— a la llamada del Padre Santo.

Por lo que se refiere al contenido de estas «notas», dividimos la materia en dos partes. En la primera estudiaremos las características psicológicas, sociales y religiosas de la mentalidad rural. Será,

\*. Reservamos la segunda parte para otro número.

por lo mismo, un intento de acercamiento a la «naturaleza», para que, conociéndola, pueda el catequista prepararla mejor para la realización en ella de la «gracia». En la segunda, nueva en varios aspectos, y que dejaremos para otra ocasión, será un trazado a grandes rasgos de lo que puede considerarse como las grandes líneas —*leyes*, diremos en el texto— de la catequesis en cuestión.

Aparte la escasa literatura existente sobre el tema, especialmente por lo que se refiere a la segunda parte, hemos utilizado los materiales recogidos por medio de un «sondeo» realizado durante las vacaciones de Pascua (1962), en una parte del sector rural español (en poblaciones pertenecientes a dieciséis provincias españolas, exactamente); de dicho «sondeo» se dio noticia al lector en el número 9 de esta revista (septiembre-diciembre, 1962).

#### INTRODUCCIÓN GENERAL: EL PRINCIPIO DE ADAPTACIÓN EN LA CATEQUESIS CONTEMPORÁNEA.

Para enseñar latín a Juan —dice el refrán inglés— hay que conocer a Juan y luego saber latín. De este modo ingenioso ha formulado el pragmatismo sajón una verdad tan antigua como la historia humana: la ley de *adaptación*.

Pero abriendo la Biblia, y, sobre todo, los Evangelios, se echa de ver muy pronto que es también ley importante en la pedagogía de Dios. Su formulación ha merecido tener por marco uno de los lugares más solemnes del Nuevo Testamento: «La Luz —Cristo— ilumina a todo hombre que viene a este mundo», leemos en el prólogo de Juan (1, 9).

La vida apostólica del Señor, por otro lado, es la aplicación constante de este principio pedagógico.

Basta abrir el evangelio para percatarse de esta evidencia. Cristo, que es la VERDAD, es también, con el ejemplo, el camino que nos indica el modo de comunicar esa verdad a quienes nos escuchan. Por lo mismo, si queremos seguir fieles al Maestro, debemos trabajar sin descanso para que su divina doctrina siga siendo de todos y para todos, mediante una adaptación cada día menos imperfecta.

Este es un postulado para cuantos evangelizamos al mundo.

Si nos preguntamos ahora cómo ha respondido la catequesis contemporánea a esta exigencia de adaptación aparecen con evidencia dos hechos:

1.º En lo que llevamos de siglo, la catequética ha logrado una visión sintética y clara de los principios catequísticos generales, es decir, ha obtenido la «definición» o esencia de la catequesis, en su significación científica. La «Catequética» de Jungmann podría señalar un hito en este aspecto.

2.º El segundo hecho importante es haber resuelto en gran parte y con acierto el problema de adaptar el mensaje cristiano a las distintas *edades psicológicas* de los catequizandos. El catequista de nuestros días puede darse perfecta cuenta de lo que significa para él estar ante niños, adolescentes o adultos. Al menos existen posibilidades reales para ello.

Hoy tenemos al alcance de la mano la suficiente literatura catequística para trabajar seriamente: en la iniciación a la vida cristiana, en la catequesis de los niños y adolescentes, y algo también para completar la formación religiosa de los adultos.

En realidad, la catequesis de los adultos se ha trabajado poco. Tal vez, porque la psicología de esa edad, al estar cargada con todos los elementos del ambiente en que vive, dificulta mucho la tarea. Quizás —al menos por lo que concierne a España— porque se ha considerado innecesaria la estructuración de dicha catequesis.

Sin embargo, hoy ya no se puede seguir pensando así. Recientes trabajos sociológicos realizados en Andalucía y en otros sectores de la geografía nacional han puesto al descubierto la urgente necesidad de evangelizar a los adultos.

Logradas las dos primeras etapas ya mencionadas (definición de la catequesis y su adaptación a las edades), parece que ha sonado definitivamente la hora de que la catequesis avance un paso más. Por lo mismo, sin olvidar el criterio del *nivel psicológico*, el catequista debe acercarse al individuo teniendo en cuenta, *además*, las características mentales, afectivas y sociales que lo hacen hijo de su medio o ambiente.

La vitalidad de la catequesis actual, apuntaba hace pocos meses el director del Instituto Católico de París —Rdo. J. Bournique—, depende del esfuerzo que realicemos por acercarnos al individuo, ubicado en su contexto vital, es decir, informado por una mentalidad que está condicionada por los elementos geográficos, sociales y culturales del medio en que vive.

Precisamente a la luz de este postulado queremos reflexionar sobre la catequesis en medio rural.

## MENTALIDAD RURAL Y CATEQUESIS

La solución de este verdadero problema catequístico comprende dos momentos, que estudiaremos sucesivamente:

En el primero (*Mentalidad rural*), intentaremos llegar al conocimiento de la mentalidad en cuestión, haciendo el inventario de sus principales características, tanto positivas como negativas. Tarea ingrata y difícil, ciertamente, pero absolutamente imprescindible.

En segundo lugar (*La catequesis en medio rural*), buscaremos los medios de lograr la inserción de la mentalidad estudiada en una perspectiva de vida perfectamente cristiana. Punto decisivo, hacia el cual se dirigen todas nuestras reflexiones desde este primer momento.

### PRIMERA PARTE: MENTALIDAD RURAL

#### 1. *Concepto genérico de mentalidad.*

Nos encontramos con un término, «mentalidad», que a pesar de estar vulgarizado, tiene valor científico relativamente moderno y, en muchos aspectos nuevo. ¿Qué se entiende por «mentalidad», en pedagogía religiosa?

Por vía de exclusión podríamos definirlo diciendo que:

— No equivale a *carácter o temperamento*, ya que éstos son conceptos de contenido individual, mientras que aquél posee abundantes elementos colectivos, es una realidad social.

— Tampoco es lo mismo que *edad mental* —como afirman algunos psicólogos modernos, p. e.: Lalande—. El concepto de mentalidad es algo más complejo y mucho más rico que el solo desarrollo de las facultades mentales.

— Difiere también de *creencia*, de matiz preferente, si no exclusivamente, noético. La mentalidad encierra toda la realidad del individuo, es algo que se confunde con la vida.

¿Qué significa positivamente *mentalidad*? Para obtener la respuesta que precisamos, de valor científico, hay que recurrir a la ciencia que considera al hombre en su complejidad existencial, en su circunstancia: esa ciencia es relativamente joven y se llama sociología.

Los sociólogos definen la mentalidad como: «Actitud determi-

nada frente a los problemas de la vida». Por consiguiente, está constituida por todos los factores que integran la vida.

Entre ellos, hay unos anteriores a la persona (clima, situación topográfica, etc...). Para darse cuenta de cómo influye el clima, por ejemplo, en el modo de vivir, basta trasladarse de Nápoles a Milán, o de Sevilla a Bilbao. A este respecto dice gráficamente J. Iribarren en su *Introducción a la Sociología religiosa*: «Hay pueblos obligatoriamente austeros y pueblos casi necesariamente borrachos y glotonos. La responsabilidad de cada hombre se hunde un poco en el suelo que pisa» (p. 42).

Hay otros factores más relacionados con la personalidad: individuales, unos (biológicos, psicológicos, etc...), sociales, otros (educación, cultura, religión, ideología de clases, etc...).

La mentalidad los engloba a todos, y por consiguiente, resume al hombre en aquello que le es más propio, *su vida*, en cuanto condicionada por el pretérito, real en el presente y proyectada hacia el futuro.

Supuesta esta noción general de mentalidad, podemos ya preguntarnos por las características de una mentalidad concreta, la rural.

## 2. Características de la ruralidad.

### a) Elementos primarios.

Se han realizado esfuerzos para establecer criterios válidos que permitan clasificar adecuadamente una comunidad como rural o como urbana, pero la indeterminación de la realidad y de la singularidad de cada agrupación humana no facilita la tarea. (A. de la Orden, *Educación y ambiente rural*, Bordón, 14 (1962), p. 80.)

No obstante, han sido seleccionados tres aspectos básicos relacionados entre sí: el tamaño de la comunidad, la densidad de la población y la dedicación profesional de la mayor parte de los habitantes; sus derivaciones de toda índole constituyen el complejo socio-cultural que define el ambiente de una comunidad específica.

Según este esquema, hoy generalizado, la comunidad rural está constituida por estos tres elementos primarios:

- unidad territorial reducida (límites estrechos).
- actividad económico-laboral articulada sobre el campo.
- escasa densidad demográfica (los pueblos se saturan muy pronto en lo que se refiere a población, y su crecimiento está con-

dicionado por los límites cortos del territorio municipal. ¡Nunca serán necesarios los rascacielos en el pueblo!).

En realidad, podemos decir con Pío XII que el ambiente es rural cuando su ámbito vital es el *campo*, entendido como concepto geográfico y socio-cultural contrapuesto al ambiente de comunidad urbana.

#### b) *Factores derivados.*

De los factores primarios derivan multitud de factores, que, interrelacionados en compleja y rica estructura, constituyen el ambiente rural.

La tierra (sus formas de posesión, explotación, etc...); el contacto directo con la naturaleza (adaptándose a ella en todos los aspectos laborales) y el aislamiento, consecuencia de la escasez demográfica, condicionan la mentalidad rural, cuya vida y desenvolvimiento psicológico —lo podemos decir ya desde ahora— gira en torno a un eje absolutamente principal, el elemento afectivo o emocional.

Pero esta afirmación es una consecuencia, y, por tanto, debe entenderse por las premisas que supone. ¿Cuáles? Los caracteres psicológicos, ambientales, sociales y religiosos de la mentalidad rural, que vamos a describir.

#### 1. *Características psicológicas de la mentalidad rural.*

1) Por su *inteligencia*, el rural pertenece a la categoría del «simple» o rudo\*. Consecuentemente es incapaz de generalizar, sintetizar y abstraer. Si generaliza, lo hace de modo falso. Así, por ejemplo, juzga del sacerdocio por el sacerdote que conoce; los hombres de la ciudad son todos como el señorito que veranea en su pueblo, etcétera... No sabe separar debidamente el hecho de su valoración, ni captar los aspectos complementarios de un todo. ¡Qué difícil es encontrar un hombre del campo que vea con claridad la distinción entre la *función* ministerial del sacerdote y su individualidad!

Por otro lado, la falta de capacidad abstractiva, va acompañada en el rural de cierta facilidad para seguir la evolución o movimien-

---

\* Consideramos «rudo» a todo individuo que no destaca del vulgo por una buena formación cultural, tanto general como especializada. De otro lado, nuestra afirmación es válida tratándose del *tipo medio* rural, y más exactamente, del rural agricultor. Cfr. en párrafo 3 la distinción entre lo rural y lo agrícola.

to de las cosas, es decir, para comprender la realidad en función del tiempo y del espacio. Es, por lo mismo, analítico. Notemos, de pasada, cuánto partido deberá sacar el catequista de este condicionamiento psicológico al exponer todos aquellos aspectos doctrinales en los que abunda la acción. Piénsese, por ejemplo, en la liturgia de la misa, o en la sacramental.

En la línea de la psicología rural podemos comprobar, también, que las formas mentales del hombre del campo son *concretas y dinámicas*, por oposición al concepto o logos, que caracteriza a los medios intelectuales.

En consecuencia, el rural es un hombre práctico por definición; considera los valores prácticos como supremos y muestra menos interés por los principios que por sus consecuencias palpables.

Concluyendo este aspecto mental: la especulación es una mercancía sin valor para el rural, desconfía de los razonamientos cuya articulación se le escapa. Por eso, su psique es asistemática, vitalista. Se interesa por los hechos, por la realidad visible, mucho más que por las ideas. Su patria está allí donde hay predominio de la acción sobre el pensamiento.

2) *Complejo de inferioridad social*. La incapacidad para abordar ciertas verdades por sí mismo —supuestos, además, la escasa cultura y el aislamiento en que vive el hombre del campo— originan en él cierto complejo de inferioridad social.

En la tercera parte de la «Mater et Magistra» se considera este complejo como mal casi universal en ambientes rurales, y se proponen medios para que el sector agrícola deje de ser un «sector deprimido».

Favorece el nacimiento y desarrollo de este complejo la «primariedad» de la cultura rural. El hombre del agro recibe toda la instrucción en edad infantil. Muy pronto deja al escuela y principia a vivir, culturalmente hablando, del recuerdo, un recuerdo pobre, de infancia.

Esto se dice del caso normal. Si se piensa en la falta de escuelas, en la dificultad de asistir a ellas, dada la diseminación en que, con frecuencia, vive la población rural, etc., fácilmente se comprenderá hasta qué extremos de gravedad puede llegarse en este problema educacional del mundo agrario.

Pero aquí, más que las causas nos interesa destacar el hecho. Y el hecho es que para el individuo de ese medio, resulta práctica-

mente imposible proceder sin prisas en su maduración psicológica, ya que se ve precisado a sentirse y obrar como hombre cuando gran parte de su psique está todavía virgen. Por esta causa no es de extrañar —por lo que se refiere a España concretamente— que se venga pidiendo desde hace bastante tiempo la prolongación de la edad escolar en todo el sector de la enseñanza primaria.

El resultado nefasto de estas lagunas educacionales es fácil de comprender. En efecto, pasa el tiempo, y el día menos pensado, con ocasión del servicio militar o de un viaje..., ese hombre de pueblo descubre a su modo un mundo superior, el mundo de la cultura.

Por añadidura, este descubrimiento, o mejor choque, va impregnado de oscuridad, de incorrección, de fracasos personales, muchas veces.

El desenlace se adivina. Fatal y definitivamente se ha formado el complejo antes aludido.

3) *Afectividad del hombre rural*. Por la ley de la complementariedad, a la falta de desenvolvimiento en la esfera estrictamente mental, corresponde en el hombre del campo un predominio absoluto del elemento afectivo sobre la inteligencia.

Así el hombre sencillo, que desprecia los razonamientos y se despecha ante los grandes oradores, queda desarmado ante manifestaciones de simpatía, bondad, sinceridad y generosidad.

Toda la «filosofía» del mundo rural se fundamenta en dos columnas que se llaman: simpatía y antipatía. No consiste, por tanto, en un sistema de *ideas*, sino en un conjunto de experiencias afectivamente asimiladas. Entre otras: valor del trabajo, dignidad de la persona, sentido de justicia, calor de familia, honradez natural, etc...

Estas observaciones —y abrimos un paréntesis— son de suma transcendencia para nuestro apostolado entre rurales. No nos preocupemos de aparecer ante ellos como grandes cultivadores de la ciencia. El hombre sencillo no espera de nosotros ciencia, habilidad, personalidad fuerte o prestigiosa; sino buen sentido, equilibrio, lealtad. Estas son las armas del apostolado rural.

4) *Tradicionalismo rural*. Por parecidos cauces —y dentro de este aspecto emotivo— se explica el tradicionalismo rural (tan traído y llevado).

El «rudo», dominado por lo vital y concreto —según ha sido dicho

más arriba— se encuentra incapacitado para percibir el futuro en abstracción. Por lo mismo, no es, ni puede ser, creador, carece de originalidad, no ama la aventura ni el riesgo.

Al contrario, se aferra a las posiciones seguras, trilladas, y es por natural conservador. Normalmente el hombre rural no ama la revolución.

Explica, también, este tradicionalismo el hecho de que en el trabajo del agricultor abundan los *elementos dados*: geografía, condiciones climatológicas (sol, lluvia, viento, etc...). Favorables unas veces, adversas otras, son, en definitiva, anteriores a la organización de la vida rural.

Por lo mismo, el agricultor ama lo vivido, lo ya visto, lo «dado», pues cree que es lo único que puede influir en su presente y su futuro.

Una observación pastoral se impone aquí. Téngase bien en cuenta, a la hora de introducir cambios en la práctica religiosa de los pueblos, guardar el equilibrio necesario para que el paso de formas ya trasnochadas a otras de más actualidad y mejores, no provoque en esas gentes sencillas el despecho y la desconfianza hacia lo que representa un enriquecimiento de su vida espiritual. Son cambios que exigirán un tiempo más largo, por lo común, que en otros ambientes más cultos y sometidos a las leyes del progreso rápido.

## 2. *La esperanza, categoría vital en el hombre del agro.*

Dice acertadamente Laín Entralgo en su libro «La espera y la esperanza», que el hombre, para vivir, necesita esperar.

Es difícil encontrar fórmula que resuma mejor la actitud del sector agrícola en relación a uno de los aspectos más importantes en la vida de todo hombre, su actividad laboral.

El hombre del campo es un hombre que espera. Espera las lluvias otoñales para realizar las siembras con tempero; muy pronto principia a esperar el invierno con nieves abundantes, y ausencia de heladas mortíferas; espera las lluvias fecundas de la primavera; contempla el sazonar de las mieses con la esperanza de verlas libres de la devastación producida por las tormentas y el pedrisco; y, apenas recogidos los frutos de la cosecha, espera venderlos a su debido tiempo.

El ciclo laboral del campesino inicia, sigue y concluye con la

esperanza. Y, notémoslo bien, por más técnica que se introduzca en el campo, el agricultor, tanto rico como pobre, tendrá que esperar, enfrentarse con un mundo necesariamente imprevisible, o mejor, dicho en cristiano, providencial.

Fijémonos, además, en dos cualidades importantes de esta espera: Es *profunda* y *continuada*.

El rural no espera el tiempo de la siega como el profesor, por ejemplo, las vacaciones del verano. La espera, en aquél, es interrogante total, incertidumbre, con repercusiones sustanciales en la vida del ciclo o año siguiente. En éste, por el contrario, algo cierto, accidental, cuestión de tiempo, no de vida.

Es también esperanza necesariamente *continuada*, a largo plazo. La unidad de tiempo en el agro no es la semana o el mes, como en muchos sectores de la industria. El agricultor debe someterse a los ciclos de la naturaleza, de ritmo lento: la estación, duración de tal o cual cultivo, e incluso el año. Es un dinamismo —y una esperanza— dominados por la lentitud.

Por estas dos características de la esperanza se llega a entender el enorme influjo de esta actitud en la psicología de la vida rural. Por lo mismo, la catequesis en ese medio cometería un grave olvido si no aprovechara este modo de ser propio del rural.

### 3. Aspectos sociales del medio rural.

Socialmente el medio rural posee todas las características de un *micromundo*.

La *unidad-base-rural* (el pueblo) hace su vida geográfica, urbanística, económica y, por ende, socialmente, dentro de un marco muy restringido.

La alusión al aspecto económico, punto importante en la marcha de toda comunidad humana, nos da pie para aclarar aquí una idea que desde el principio se hacía esperar. Nos referimos a la distinción entre lo *rural* y lo *agrícola*. Aunque a primera vista parecen términos sinónimos, en realidad no lo son. El primero, más amplio, incluye al segundo sin confundirse ni identificarse con él. Son *rurales* también, el médico, el maestro, el comerciante y el zapatero... del pueblo, pues ciertamente su vida es regulada por la marcha del trabajo agrícola. El año de buena o mala cosecha repercute en todas las casas de la localidad, en todo el contexto pueblerino.

Pero en donde, sin duda, queda mejor reflejado el mundo rural

es en las relaciones sociales. Suelen ser, éstas, *personales*, con predominio de los llamados grupos primarios, es decir, aquéllos caracterizados por el contacto directo entre los miembros, en oposición a los grupos secundarios, típicos de la ciudad, en que los hombres se asocian en cuanto participan en actividades comunes aunque personalmente apenas se conozcan.

El medio rural, por una parte, se presta mejor que la ciudad a la cohesión, estabilidad y a la fecundidad del clima familiar. Por otra, la gran simplicidad de la vida de trabajo, la carencia de superestructuras laborales hace posible y hasta necesario que todo ambiente rural quede resumido y como definido por un tono de vida en la intimidad.

En el pueblo no hay lugar para el «homo quidam»; todos son alguien. Cada vecino ocupa su lugar, se halla perfectamente ubicado con todo lo que es y tiene (historia familiar, casa, posesiones, aficiones, mote...), y, del mismo modo, en todos sus comportamientos sociales (trabajo, convivencia social, diversiones, práctica religiosa, etc.). En el pueblo no todos se aman o se odian, pero todos necesariamente se conocen.

De aquí que resulte imposible la evasión, el pasar inadvertido. De ahí, también, la fuerza inmensa de la presión social, que a modo de imperativo categórico se impone y tiende a regular la vida toda del pueblo, incluida, evidentemente, la vida religiosa.

Acabamos de explicitar una de las formas sociales, en que se nos presenta el *personalismo* característico del medio rural. Debemos mencionar otra, de signo peyorativo. Es el *individualismo* un tanto egoísta, que invade con frecuencia el ambiente en cuestión.

Son varios los factores que intervienen en la explicación de este fenómeno.

Por una parte, el labrador —en tesis general— se considera un todo independiente; lo opuesto a la pieza de un engranaje que necesita de los demás elementos para producir algún rendimiento.

Cree firmemente, y en parte no anda del todo equivocado, que el resultado de su trabajo no depende tanto de la colaboración humana cuanto de causas cósmicas que poca o ninguna relación guardan con la ayuda que pueda prestarle el vecino o compañero.

Esto tiene su consecuencia, y es que, una vez obtenido el resultado efectivo de su trabajo, el rural lo considera tan propio como su sangre y su vida, y por lo mismo totalmente individual.

Pero hay, además, otras causas que fomentan en el hombre del campo el apego excesivo a lo personal y propio.

Una de ellas es el instinto de propiedad, muy desarrollado en el sujeto que estamos estudiando.

El rural, en oposición al trabajador de medios industriales, suele vivir en casa propia, trabaja con utensilios propios, organiza su propio horario y, generalmente, posee, si no todas, al menos una parte de las tierras que cultiva. Ello hace que experimente la sensación de encontrarse habitualmente entre «sus» cosas. En consecuencia, las relaciones que guarda con su mundo laboral son más individuales, intensas y prolongadas que en otros ramos del trabajo donde la fabricación en serie y la producción transformadora al ritmo de la máquina impide al trabajador su contacto personal con las cosas.

En fin, la inseguridad con relación a los resultados del trabajo agrícola, expuesto a peligros sin cuento y contra los que es difícil defenderse, son un motivo más de que el rural se sienta inclinado a retener cabe sí todo aquello que en el futuro lleno de incertidumbre pueda librarle de situaciones penosas.

No hará falta decir al lector la atención que debe prestar a estas causas siempre que se vea precisado a condenar cualquier forma de individualismo en el medio que nos ocupa.

#### 4. *La religión en el hombre del campo.*

El fin de este trabajo impone una referencia especial a la religiosidad del hombre rural.

Una descripción somera de esta religiosidad descubre los siguientes aspectos:

\* El hombre del campo, por oposición al *homo technicus*, es *naturalmente religioso*.

El ambiente y la ocupación le ayudan a sentirse criatura, hechura de Dios. Conoce y vive sus propias limitaciones, sin que nadie ni nada pueda remediarlas.

Ante el espectáculo de la naturaleza cuya inmensidad le asombra y cuyas leyes le quedan misteriosamente veladas, el rural reconoce su pequeñez y descubre confusa e impersonal, tal vez, pero infaliblemente la transcendencia de un Dios creador y providente.

A este propósito son elocuentes los datos obtenidos en el «sondeo» anteriormente citado.

A la pregunta, «¿Por qué cree usted en Dios?» bastantes de los interrogados responden con frases como éstas:

- porque las cosas de la naturaleza reclaman un ser superior.
- porque pienso que ha tenido que haber un Creador de este mundo tan grande.
- porque nada más abrir los ojos todo me dice que lo que veo es obra de dios (*sic*).
- porque tiene que haber una mano poderosa que creó todo.
- porque las cosas me hablan de Dios.
- porque veo sus obras.

\* *Abertura al misterio.* De lo dicho sobre la formación intelectual y el marco donde el rural realiza su trabajo, se desprende que el hombre del campo vive en una atmósfera muy propicia al misterio. Su espíritu es, de ordinario, un terreno preparado para la aceptación de la fe, siempre misteriosa.

Esta actitud se comprende aún mejor teniendo en cuenta que en ese medio predominan los interrogantes sobre las respuestas (los que hemos llamado «elementos dados»).

Es más. Su misma ignorancia le lleva muchas veces a confundir el misterio con lo misterioso o ignorado, atribuyendo inmediatamente a la causalidad divina efectos que dependen de causas segundas, por él ignoradas.

La historia de las religiones prueba que la magia y superchería, como falsas expresiones de lo sagrado, son motivadas por la «sacralización» indebida de las fuerzas naturales.

Aprovechar y orientar debidamente esta especial tendencia hacia lo sagrado, para hacer vivir con plenitud las riquezas del misterio cristiano, tal es la misión delicada e importante que corresponde al catequista de medio rural.

\* *Peligros de la técnica.* La misma ignorancia explica también, en buena parte, los peligros a que se ve expuesta la religiosidad del aldeano cuando se encuentra por primera vez con la técnica y el maquinismo.

Acostumbrado a vivir en una esfera en la que dominan las leyes de la naturaleza, en definitiva superiores al rural, el paso a otro mundo donde todo depende del hombre le aturde, alucina y ensorberbece.

Ante la máquina —microcosmos operativo— el Dios providente

deja de ser necesario, primero; ocioso, después, y al fin —quizás— inexistente. La máquina reemplaza a Dios y el honor tributado al Creador se desvía hacia el hombre. Del teocentrismo se pasa al humanismo. Puede mencionarse un ejemplo muy gráfico de este paso. Los viejos campesinos se contentaban con rezar para pedir a Dios la buena marcha de la cosecha, el joven de hoy preferirá pagar una cuota para que se perfeccionen los métodos reguladores de las precipitaciones y demás agentes naturales.

¿Cómo hacer entender a esas inteligencias simples —se pregunta con impaciencia el P. Schmitt, en su libro «Le mécanisme de la déchristianisation»— que una cosa es regular los agentes naturales, y otra muy distinta crearlos y conservarlos para utilidad del hombre?

Este interrogante no debe asustarnos, antes bien, hacernos reflexionar sobre la necesidad de promover la cultura entre los campesinos, y trabajar en la búsqueda de métodos idóneos para la asimilación religiosa de la técnica.

Si el hombre ha recibido de Dios el mandato de dominar y enseñorearse de la tierra (Gen. 1,28) es anormal que la técnica constituya un verdadero peligro para su vida religiosa.

Al contrario, la técnica bien comprendida es un medio eficaz para purificar el sentido de lo religioso, en cuanto que por ella aprende el hombre a deslindar mejor lo auténticamente sobrenatural de lo pseudo-religioso.

Añadamos, sin embargo, que esta operación no es nada sencilla, pues obliga a una revisión cada vez más profunda de las relaciones entre el orden natural y sobrenatural, con sus múltiples y respectivas virtualidades. Supone poner en juego y equilibrado reajuste el conjunto de imágenes, conceptos y sentimientos con los que el individuo integra en sí su visión de dos mundos diversos: el de la ciencia y el de la fe. Se trata de un problema bipolar, en el que entran por igual cuestiones de fe y cultura.

No entra en nuestro plan tratar aquí de este problema, que merece atención y extensión especiales. Dejando, pues, indicados su contenido y una pauta para su solución, seguimos adelante

\* *Tradicionalismo religioso* del mundo rural. Ya hemos visto cómo y por qué la psicología del «rudo» está predispuesta a la aceptación pasiva de todo lo que en su ambiente se presenta en forma de «elemento dado». Pues bien, puede decirse que la religión, principalmente en su aspecto práctico, es decir, en cuanto conjunto de

relaciones que unen al hombre con Dios, es considerada por el rural, en no pocos casos, como el primero y principal de los «elementos dados». El hombre del campo, ha dicho W. Demal, «degrada» de tal manera la *práctica* de la religión que llega a concebirla como un legado de *pura* herencia paterna, es decir, despojada de toda la transcendencia que le es peculiar.

Esta afirmación puede resultar exagerada, pero por desgracia los hechos prueban su gran fondo de verdad.

Cuánto es el peso del medio en la vida religiosa del rural, no sólo y principalmente por lo que respecta al ejercicio de sus obligaciones y práctica religiosa, sino incluso en el mismo fundamento de su religión, que es la fe en un Dios vivo, personal y cercano, lo prueba claramente la insistencia y mejor aún el *matiz* con que vienen dadas, en nuestro «sondeo», bastantes contestaciones a la pregunta anteriormente citada: «¿por qué cree usted en Dios?». Son muchos los que *antes* de dar el motivo más arriba mencionado —el ver a Dios presente en la creación— dan las respuestas que transcribimos u otras parecidas:

- porque me educaron en este ambiente.
- porque de niño me dieron esa educación.
- porque es una creencia de mis mayores.
- porque mis padres me lo enseñaron y lo creo ciegamente (*sic*).
- sí he de ser sincero, porque me lo enseñaron mis padres.
- por lo que mis padres me han dicho.

Al transcribir estos datos, nótele bien el lector, no queremos afirmar que deban considerarse como reflejo de una actitud total y absolutamente condenable. Tal opinión sería evidentemente errónea y opuesta al pensar de la Iglesia que considera suficiente, en determinadas circunstancias, la fe *vulgar* e incluso *respectiva*, fundada en el testimonio de personas que, por su honradez y formación, merecen la credibilidad de quienes les rodean. Tal es el caso de muchos de nuestros fieles, incapaces de llegar a descubrir, por sí mismos y de modo científico el *motivo teológico de credibilidad*, es decir, la certeza absoluta del hecho de la revelación. Y esto debe ser así, puesto que Dios no puede obligar a imposibles.

Pero si en este aspecto cognoscitivo se exige tan poco al cristiano psicológicamente «rudo», por el lado en que la fe significa obediencia a la autoridad de Dios, que manda creer la palabra por El revelada, el simple fiel y el teólogo quedan equiparados. Ambos, en

efecto, deben creer por idénticos motivos: el respeto y sumisión a la autoridad de Dios.

Estas ideas no pueden ser olvidadas al enjuiciar el caso que nos ocupa, y menos aún, en el momento de educar en la fe cristiana a nuestros fieles, cualquiera que sea el medio a que pertenezcan. La catequesis debe enseñar la fe, y en general, la religión, de tal manera que provoque siempre y de alguna manera *relaciones personales* —no decimos individuales— directamente orientadas hacia Dios. Lo contrario es tentar a los fieles para que conciban la religión como un conjunto de relaciones entre padres e hijos, párroco y fieles, u otras formas parecidas, todas igualmente erróneas.

¿No será debido, en parte al menos, a este fallo en el enfoque de la acción catequística y pastoral, el hecho de que nuestros rurales consideren las prácticas religiosas como un elemento más del medio tradicional en que viven?

La respuesta afirmativa parece imponerse si se quiere dar explicación al fenómeno, hoy día ampliamente repetido, de gentes del pueblo que rompen con toda práctica religiosa al dejar el ambiente rural en el que han nacido y crecido. Los actuales movimientos emigratorios del campo hacia la ciudad ofrecen una comprobación palpable de esta verdad.

De cara a estos hechos, ¿no habrá motivo para sospechar que muchos de nuestros rurales no llegan nunca a una fe cristiana verdaderamente adulta y personal?

\* *Temperamento reflexivo* del hombre rural.

Queremos concluir la presente descripción de la mentalidad rural, haciendo una breve alusión al temperamento reflexivo, contemplativo, casi místico, que caracteriza al hombre del campo.

Su vida en medio de campos silenciosos; su vista, limitada por horizontes fijos y solitarios, sin relaciones humanas que los modifiquen; los procesos admirables de la vida animal y vegetal; el ritmo de la naturaleza, de suyo lento y misterioso..., ofrecen al campesino variada y abundante materia de reflexión.

Si se mira, por otro lado, que la actividad del agricultor es normalmente más física que espiritual, y sobre todo, que emplea mucho tiempo en sus desplazamientos, fácilmente se comprende que el rural vive en un clima psicológico extraordinariamente propicio para entregarse a la más intensa contemplación, encontrarse a sí mismo y rumiar sus propios pensamientos y sentimientos.

La catequesis de este ambiente no debe olvidar estos recursos de la sicología rural, si quiere permanecer fiel a la ley de Encarnación, y así se esforzará en proporcionar al campesino aquellas ideas y pensamientos religiosos que puedan servir de alimento para su espíritu, desocupado y religioso al mismo tiempo, según acabamos de decir.

Cómo realizar esta tarea de modo orgánico, es un punto que pertenece ya a la segunda parte de nuestro trabajo.

### *Palabra final.*

En las páginas precedentes hemos querido ofrecer al lector el perfil de la mentalidad rural, en sus líneas más generales y sencillas.

Razones de método y espacio no nos han permitido descender a consideraciones menudas, ricas, tal vez, de contenido, pero que hubieran podido servir de estorbo más que de ayuda a la hora de enunciar los grandes principios de la catequesis rural. Por este motivo las hemos omitido.

Por lo demás, si el esquema aquí presentado no engloba a todos y cada uno de nuestros campesinos, no dudamos, con todo, que esta somera descripción es suficiente para la finalidad apuntada ya que tiene en cuenta la situación más frecuente del agricultor y todos los aspectos principales de la mentalidad en cuestión.

Así, en el orden estático, se ha visto al hombre del agro con características psicológicas peculiares, es decir, a través de formas afectivo-mentales bien definidas. El dinamismo de la vida rural ha sido reflejado también al hablar de la esperanza, categoría vital del rural. Por fin, saltando las barreras de la pura individualidad, hemos observado la actuación de nuestro catequizando en cuanto relacionada con un doble factor ambiental: la vida con los demás y en su trabajo.

La utilización de estos datos, encontrados en la naturaleza, para los fines de la gracia, problema del mayor interés catequístico, supone nueva y detenida investigación que deliberadamente dejamos para otra ocasión. Sirvan estas páginas de introducción a aquel estudio propiamente catequístico.

## BIBLIOGRAFIA

El lector que desee completar este corto estudio de la mentalidad rural, consultará con provecho la nota bibliográfica que ofrecemos a continuación.

- ACHERMANN, A., *Sicología aplicada*. Ed. Morata, Madrid, 1961, 141 pp.
- BRUGAROLA, M., S. J., *Sociología rural católica*. Cía. Bibliográfica Española, Madrid, 1954, 304 pp.
- Catéchèse et mentalités* (Journées Nationales de l'Enseignement Religieux). París (15-17 février 1962), «Catéchèse», n. 7 (1962), número monográfico.
- CEREZO, P., *Pío XII y el mundo rural* (Recopilación y comentario). Col. «Mundo Rural». Ed. Comisión Nac. de la Juv. Rural de A. C., Madrid, 1959, 117 pp.
- Comentarios a la «Mater et Magistra»* (B. A. C., n. 213), 4.ª Sección, por Mons. Angel Herrera, pp. 585-711.
- DEMAL, W., O. S. B., *Sicología pastoral aplicada*. Ed. Religión y Cultura, Madrid, 1956, 340 pp.
- DUCASTELLA, R., *Cómo estudiar un Municipio*. Sección Social de «Cáritas Española», Documentación Social, 5-7, Madrid, 1959, 71 pp.
- LAÍN ENTRALGO, P., *La espera y la esperanza* (Historia y teoría del esperar humano). «Rev. de Occidente», Madrid, 1957, 584 pp.
- LÓPEZ BENÍTEZ, A., *Experiencias apostólicas rurales de los seminaristas de Málaga*. «Seminarios», 8 (1962), 105-130.
- LYNN-SMITH, T., *Sociología de la vida rural*. Ed. Bibliográfica Argentina, Buenos Aires, 1960, 646 pp.
- MARTÍNEZ, A., *Un estudio sicológico de la esperanza*. «Rev. de Espiritualidad», 20 (1961), 319-352.
- ORDEN HOZ, A. de la, *Educación y ambiente rural*. «Bordón», 14 (1962), 79-91.
- TOULAT, P.; BOUGEARD, A.; TEMPLIER, J., *Les chrétiens dans le monde rural*. Editions du Seuil, París, 1962, 416 pp.
- SCMIT-EGLIN, P., *Le mécanisme de la déchristianisation* (Recherche sur le peuple des campagnes). Ed. Alsatia, París, 1952, 294 pp.

*«El niño, con su inocencia, es el principal maestro en la propia familia.*

*«El reflejo de la gracia del Señor que posee, constituye la suprema razón de nuestro respeto y estima; su mejor cualidad, el estar cerca de Dios.»*

Juan XXIII, 31-3-1963.